

CAPITULO 4

EL MISTERIO DE LOS SIGLOS

Por Frank Viola *Adaptado al español por Rodrigo Aguilera*

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. — Efesios 5:31-32 (RV1960)

Después de las películas románticas me encanta una buena película de misterio. Mis favoritas son aquellas cuyas historias se construyen hasta que me encuentro conmovido al finalmente develarse el secreto en el último momento. Todo se vuelve claro hasta ese punto. Disfruto el sentimiento de ser aturdido por la inteligencia de un director que oculta los puntos clave hasta la escena final en la que se resuelve el misterio.

En medio de la multitud de misterios clásicos creados por la imaginación de personas ingeniosas, el más grande misterio de todos es aquel que Dios mismo escribió. El Altísimo no solamente es autor de romance, Él es también el autor del más grande misterio en la historia del universo. El misterio de Su eterno propósito.

Tomando prestadas palabras de Winston Churchill, Dios escondió Su eterno propósito en “un enigma envuelto en un acertijo y recubierto por un misterio.” En la eternidad pasada, antes del tiempo y la creación, ahí estaba Dios. Dios y solo Dios. Nadie más existía. En el seno de Dios el Padre estaba Dios el Hijo, y ambos eran uno. El Espíritu estaba también presente, compartiendo la unicidad del Padre y del Hijo.

Pulsando en el centro de la Divinidad estaba la mismísima esencia de la deidad, un amor apasionado (Juan 17:24; 1 Juan 4:16).

Todas las cosas emanan desde Dios el Padre. Él es la fuente de cada cosa. Esto incluye la pasión del amor divino. Agustín una vez dijo, “Si Dios es amor, entonces debe haber en Él un Amante, un Amado, y un Espíritu de amor”; pues ningún amor es concebido sin un Amante y un Amado.”

La Pasión de la Divinidad

En los inmensurables tiempos de la eternidad pasada, el Padre tuvo alguien en quien derramar la pasión de Su ser. Éste era Su Hijo. El Padre era el Amante; el Hijo el amado. El Padre era la fuente; el Hijo el receptor y quien responde. Consecuentemente, el Padre amó al Hijo, y el Hijo en reciprocidad amó al Padre (Juan 17:24; 14:31).

El Hijo, sin embargo, no tenía ninguna creatura en quien derramar la pasión de Su ser. Esto es, no había nadie para quien Él pudiera ser la fuente de la pasión torrencial que inundaba su propio corazón. Mientras el Hijo ciertamente derramaba Su pasión en el Padre, el Hijo no era la *fente* de esa pasión. En otras palabras, el Hijo mismo no tenía su complemento. En palabras prestadas de San Agustín, Él no tenía una “amada”.

Específicamente en este punto, el Hijo de Dios estaba solo, justo como Adán también lo estaba.

Ahora Adán es un símbolo de Cristo, figura del que había de venir. (Romanos 5:14b RV1960)

El postrer Adán –éste es, Cristo... (1 Corintios 15:45b RV1960)

Para estar seguro, el Hijo tenía Su Padre, y el Espíritu estaba también presente. Pero había un aspecto de la pasión del Hijo que buscaba ser liberado más allá de la divinidad.

En lo profundo del corazón latiente del Hijo de Dios había una intensa y consumidora pasión. Tal como Dios el Padre, Dios el Hijo deseaba ser para otro la fuente de esa pasión. Él deseaba ser el Amante, y no solo el Amado, sin embargo, ese ser no existía. Debido a que Adán fue hecho a la imagen de Dios, el cual es Cristo, Adán sintió la intensidad de su Creador su soledad. Adán había vivido el mismo drama que Dios el Hijo había vivido antes de los tiempos. Verdaderamente, el primer hombre había probado un poco del amor insatisfecho de Dios.

Así que cuando Dios hizo al hombre, hubo dos seres en el universo que estaban vibrando con una insaciable pasión: el Hijo de Dios en el cielo y Adán en la tierra. La pasión frustrada de un Dios lleno de amor y la pasión frustrada de un humano hecho a Su imagen. Entonces, en algún momento de un pasado sin fecha, Dios el Padre concibió un plan. Era un plan asombroso, le daría a Su Hijo compañía, una que sería Su complemento perfecto. Una que sería justo como Él. Ese ser

sería el Hijo de Dios en una forma diferente. Ese ser se volvería también el objeto de la pasión del Hijo, una esposa digna de la deidad.

Deseo que contemples a ese Dios lleno de pasión. A decir verdad, Dios está perfectamente satisfecho dentro de sí mismo, pero debido a que Dios es amor, no se contenta con ello, y por esta razón, Dios el Hijo quiso a alguien en quien derramar el amor que corría dentro de Su ser, el mismísimo mismo amor que el Padre derramó en Él. De manera que, la superabundancia del amor de Dios, requirió un receptor que no estaba dentro de la Trinidad.

Nuevamente, el deseo del Hijo por una compañera no nació por una deficiencia dentro de Sí mismo, sino por el contrario, tuvo su origen en la desbordante exceso de amor divino. Fue ese deseo reprimido lo que impulsó el deseo del Hijo por una compañera y que llevó al Padre a actuar en beneficio del Hijo.

Fue como si el Padre dijera:

Hijo mío, no es bueno que estés solo. Haré una compañera idónea para Ti. Alguien como Tú, pero diferente a Ti. Te daré a alguien en quien podrás derramar la pasión de Tu ser. Hay un solo camino en el que puedo llevar a cabo esta tarea. Debo tomar parte de Ti para hacer otro como Tú. Entonces no serás más uno. Habrá otro, o debo decir otra. Ella será Tú, pero en otra forma. Ella será el objeto de Tu pasión desbordada. Tú serás su Amante y ella Tu amada. Ella responderá a Tu propia pasión, tal como Tú respondes a Mi pasión. (Génesis 2:18; Romanos 5:14; Efesios 5:31-32)

Fue de ésta motivación que Dios creó los cielos y la tierra y todas las formas de vida en ella. Podemos firmemente decir que Dios creó todo para que Su Hijo tuviera una compañera, una pareja perfecta, una prometida. El amor de Dios por Su Hijo lo llevó a crear. En palabras de Paul Billheimer, “En el corazón del universo hay un romance divino el cual es la llave de toda la existencia. Desde toda la eternidad Dios se propuso que en algún momento futuro Su Hijo tendría una Compañera Eterna, descrita por Juan en Apocalipsis como ‘la novia, la esposa del Cordero.’”

Esta idea era tan increíble que Dios la escondió de generación en generación. Esto nos pone en colisión con el misterio de todos los misterios:

Desde antes de todos los tiempos había una mujer dentro de Dios

El Señor Jesús, un Soltero Solitario

Movámonos ahora en el tiempo y observemos como Dios cumplió Su eterno propósito. El Señor Jesús, el Hijo Eterno, hizo Su aparición en este planeta. El más grande Amante en el universo traspasó la inmóvil barrera que nos separa de la eternidad y dio un paso en el tiempo.

El Hijo de Dios tomó carne y se volvió hombre. Desde la perspectiva celestial Él era el Nuevo Adán, el Segundo Hombre (Romanos 5:14; 1 Corintios 15:45-47).

Seguramente has escuchado que Jesucristo vino a salvar a los pecadores. Eso es verdad, pero el Nuevo Testamento enseña que Él vino para algo mucho más profundo. Él vino a conseguir Su compañera. Él vino a conseguir Su prometida. Vino a obtener una esposa para Él. El Hijo Eterno se volvió humano con el fin de conseguir la pasión que ardía muy dentro de su Ser, desde antes de todos los tiempos.

Observa con cuidado a tu Señor, Jesús de Nazaret. Un hombre y Dios perfecto. Tomando prestadas palabras de Arthur Custance, Jesucristo fue una *nueva especie* en el planeta, una nueva clase de hombre. Él era completamente Dios, y completamente hombre. Para citar el antiguo credo, Él fue “Dios verdadero, engendrado, no creado.” Jesús fue el primer hijo en romper la matriz de una mujer, el primer hijo nacido en suelo terrestre, quien sería parte de una nueva especie.

Como hombre, Jesucristo era un novio solitario, pero lleno de una gran pasión. Un perfecto, incomparable e indescriptible amor latía dentro de Su incorruptible pecho. Él era el Hijo del Hombre, la esencia del hombre, con la pasión de un hombre, en un estado sin caída. Pero Él era también el Hijo de Dios, la esencia de Dios, con la pasión de un incomparable Dios pulsando en Su espíritu.

En los primeros capítulos del evangelio de Juan, conocemos un inusual profeta llamado Juan el Bautista. Él fue el acto de entrada del Señor Jesús. Juan se describió a sí mismo como alguien que presentaría al Hijo de Dios a Su novia. Él era “el amigo del Novio” —“El hombre de toda su confianza” podríamos decir. Juan bautizó a aquellos que eligieron seguir a Jesús. En realidad, esas almas bautizadas fueron destinadas a volverse parte de la novia de Cristo. De acuerdo a Juan, Jesucristo era el novio celestial.

El que tiene a la novia es el novio... A él le toca crecer, y a mí menguar. (Juan 3:29-30 NVI)

“El que tiene a la novia,” anunció Juan el Bautista. Tal lenguaje es misterioso más aún contiene una simple pero oculta verdad. Como pudo Juan decir que Cristo ya tenía a su novia? Un número de revisores históricos han propuesto que Jesucristo se casó mientras Él estuvo en esta tierra. A decir verdad, esta idea es una fabricación sin ningún fundamento. Jesucristo nunca se casó. Él permaneció como novio, y sin embargo, Él tuvo a Su prometida, ¿Cómo puede ser esto?

He aquí les anuncio un misterio, la novia de Cristo estaba dentro del Novio mientras Él estaba en esta tierra. Ella era un misterio escondida dentro de Su costado. Cuando ella finalmente apareció, Jesucristo creció.

El que tiene a la novia es el novio... A él le toca crecer, y a mí menguar.

Ahora entendemos porque Jesús nunca se casó mientras estaba en la tierra. Esto fue porque Su novia estaba dentro de Él. La intención ardiente de tu Señor era el tener una compañera. Esto, en efecto, fue la motivación principal que le impulsó a Él a vencer a Satanás. Con el fin de obtener a su gloriosa esposa Él tuvo que pagar el mayor precio.

Considera esto: La forma en que Adán obtuvo a su mujer fue un reflejo de cómo Cristo obtendría a la suya. Tal como Adán, tu Señor fue puesto en un profundo sueño. Hay dos razones principales de esto.

Primero, a través de la muerte, Jesucristo destruyó todo lo que pudiera estorbar en su camino para ganar la mano de Su amada esposa. Para esto, Él destruyó el pecado que la habría separado eternamente de Él. Él Destruyó la Ley la hubiera sofocado bajo una montaña de esclavitud religiosa y un altero de aplastante condena. Él destruyó el poder del maligno que buscaría tomar su vida. Él destruyó el sistema del mundo, que atraería su corazón lejos de Él. Él destruyó la vieja creación, que la corrompería y contaminaría.

Pero más importante de todo, Él destruyó la muerte misma; Él se aseguraría que el objeto de Su pasión nunca probaría la muerte. Tu Señor se aseguró de remover todo lo que pudiera dañar a Su amada novia, desde antes de que ella viniera a existir. Por esta razón, Él no le permitiría aparecer hasta que la muerte hubiera sido vencida. Él ha esperado por generaciones para tener a Su compañera, de manera que garantizó que una vez iniciado este romance, nunca terminaría. Por lo

tanto, cuando hablamos de tu Señor y Su tan esperada compañera, podemos decir que Él conquistó hasta el último enemigo para que “la muerte nunca los separe.”

Que amor tan inexplicable. Que maravillosa pasión. Que perdurable compromiso. Jesucristo planea estar una eternidad amando a su esposa. Él ni siquiera considera el llegar a cansarse de ella, y ha garantizado que la luna de miel nunca llegue a su fin.

La segunda razón por la que Cristo se ofreció a sí mismo a morir está ligada a una de las grandes incógnitas del hombre. He aquí el misterio, tu Señor murió para traer a Su amada novia fuera de Él mismo. Jesucristo “sufrió la cruz” con “el gozo puesto delante de Él” (Heb. 12:2). Ese gozo era Su amada.

El Único-Grano se multiplica

Un día el Señor Jesús tomó un grano de trigo. Al contemplar el grano en Su mano, Él se vio a sí mismo muriendo y volviendo a la vida. Y al emerger de la muerte, se vio a si mismo multiplicándose.

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. (Juan 12:24 RV1960)

Acompáñame a la cima de un monte llamado Golgota. Quiero que veas a tu Señor, colgado en una sangrante cruz. Justo ha sido crucificado, y Su vida ha escapado de Él. El grano ha muerto, y ha muerto solo.

Su cuerpo, maltratado, es puesto en un sepulcro. Dos días han pasado, y es ahora domingo, el primer día de la semana –el octavo día. Repentinamente, la tierra se estremece, los cielos retumban. El Señor Jesús se levanta de la tumba victorioso sobre la muerte. Él la ha conquistado y se ha convertido en un Espíritu vivificante (1 Cor. 15:45). Cuando Él emerge de la tumba, ella, su novia, sale con Él. La joven más hermosa del mundo, la amada de Jesús ha nacido. ¿Cuándo es su cumpleaños? El primer día de la semana, un día después del Sabbat. Es el octavo día, el día de la resurrección, el día de la nueva creación.

¿Qué ocurrió?

El grano de trigo ha producido muchos granos.

El único grano de trigo se ha multiplicado. Se ha reproducido. Se ha incrementado.

El grano no está ya más solo.

Ella, la novia de Jesucristo, es una nueva creación en este planeta. Ella se ha liberado y escapado de la esclavitud de la caída. Ella ha nacido santa, sin mancha y sin culpa. Ella es nacida completamente libre de todo lo que procuraba destruirla. Por lo tanto, ella es libre para amar a su Novio y Salvador sin distracciones. Este es el momento más romántico de la historia universal. Jesucristo ha muerto para manifestar la pasión de Su corazón, la mujer escondida dentro de Su pecho desde antes de los tiempos.

¿De dónde salió Eva? Ella salió del costado de Adán.

¿De dónde salió la novia de Cristo? Del costado del postrer Adán, Jesucristo.

Esto da un nuevo significado al momento final en el Calvario. Cuando el Señor Jesús murió, uno de los soldados Romanos perforó su costado. Aquí tenemos una escena similar al momento cuando el costado de Adán fue abierto después de haber sido puesto en un profundo sueño.

Después de que Jesucristo fue puesto en un sueño profundo, su costado fue abierto y la sangre y agua brotaron de su incorruptible cuerpo (Juan 19:32-35). La sangre representa la purificación de todos nuestros pecados. Tu Señor murió para limpiar a Su amada novia de toda deshonra (Efesios 5:25-27). El agua representa las aguas vivas que brotan del mismísimo Jesús (Juan 4:10; Apocalipsis 21:6). Esta representa la vida divina –la misma vida por la que la novia vive.

En ese mismo día, el día cuando Cristo se levantó de la muerte, la pasión de todos los tiempos que había estado encerrada dentro del Hijo de Dios por toda la eternidad fue liberada. “Finalmente”, el lugar de descanso para Su pasión se había hecho carne. “Finalmente”, tenía ahora carne, vida, aliento, y era tangible. “Finalmente”, después de todo, el Hijo de Dios encontró a Su amada novia, y la pasión más grande de Dios encontró un hogar.